

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit actuale ministerium non esse omnium economicissimum ac sapientissimum, anathema sit.

Si alguno dijere que el actual pontificado de ministros no es el mas económico y mas sabio imaginable, le sacudo uno á mano vuelta que le rompo el alma.

CONC. 2. GERUND. CAN. 8.

SANTI BONITI BARATI.

Creyó el bobatel de Mahoma que habia hecho una cosa del otro mundo, y que habia tocado la cúspide de la *economía política y moral* porque

enmendó la plana á la iglesia católica instituyendo en su plan religioso-político cuatro cuaresmas al año en vez de una, y prohiéndo á sus súbditos el uso del vino. Pero es menester confesar que en achaque de economías fue un niño de teta el tal legislador; y cuidado, señores, que era *del comercio*. También creyó haber hecho algo de provecho uno de los mejores poetas de nuestros días con escribir un poema satírico titulado. *Todo el año es carnaval*. Al poeta le dió por la broma y el buréo: por donde les dá comunmente á todos los poetas. Al comerciante le dió por la economía y el aborro: por donde les dá regularmente á los comerciantes. Pero el ministerio actual dijo; *todo el año es cuarema*: y les puso la ceniza á Mahoma, y á Breton de los Herberos. (1)

Esta feliz inspiracion no les fué comunicada por el Espíritu Santo por medio de lenguas de fuego, ni por ninguna niufa, cabra, cuervo ni paloma, como dicen las leyendas que les sucedió á los apóstoles, y á los mas de los que han dado leyes á los pueblos. Nada de eso, yo he averiguado por medio de mi *policia secreta* que pasó del

(1) Este Señor no deberá estar quejoso de Fr. Gerónimo; pues ha sido ya dos veces citado por el en poco tiempo.

modo siguiente.—Al tiempo que iba un ministro corriendo corriendo hacia la secretaría meditando un medio de salvar la patria de una plumada bien pegada, acertó á pasar por junto á él un italiano pregonando: *Santi boniti barati, que ni comca, ni beben, ni gastan zapati.* Miró S. E. y reparó que aunque él no estaba de mal pasar, estaban los santos todavía mas gordos, mas rollizos, mas lucidos y de mejor color. El corazon le dió un vuelco á manera de salto de trucha, y es fama que exclamó: «Soy hombre: ya pareció aquello.» Hecha esta exclamacion mandó arrear, llegó á los ministerios, propuso se celebrase consejo, se celebró, y manifestó el pensamiento feliz de un proyecto el mas sabio y económico que pudiera jamas idearse, el proyecto de nua cuaresma perpetua, convirtiendo en *santos baratos* todos los que cobran ó tienen derecho á cobrar sueldo del estado, con lo cual ellos estarian gordos y bien tratados, y en el tesoro no faltaria jamas dinero. ¿Por qué no ha de haber, señores, (añadió) *empleati boniti é barati, que ni coman, ni beban, ni gasten zapati?* Y sinó, verán vds. que bien suena al oido: *cesanti é jubilati boniti barati.* Mejor suena aun, dijo otro escelencia: *esclausticati boniti barati.* Y mejor, replicó el primero, *monjiti é viudite bonite barate.* Aqui hay dificultades, repuso el segundo: primera, que hay que decir *zapate*, y se falta á la gramática; y segunda que las viuditas bonitas baratas corren de cuenta de

vd. y las monjitas de cuenta mia. (1)—En eso no reparémos, porque con este plan se hacen bienes comunes, que es una de sus principales ventajas. Y vamos adelante. *Retirati boniti barati.*—*Jucza é fiscali boniti barati.*—*Santi soldati boniti barati.*—El *santi* no pasa, y aun el *boniti* fuera mejor suprimirle para no faltar á la propiedad del lenguaje en algunos casos: opino pues que deberá quedar el *soldati barati* y nada mas.—El *boniti*, dijo otro de los escelencias, suprimase en buena hora, si se quiere; pero el *santi* no lo puedo permitir porque ninguna clase ha sido tan resignada, tan paciente, tan virtuosa, tan santa como los soldados: no puedo pues consentir que se omita el *santi*.—Pues que quede el *santi soldati*, con tal que quede tambien el *barati* y no gasten *zapatati*, y sigamos.—*Administradori ed oficiuli de correi boniti barati que coman papeti é sobri di carti.*—Eso es muy violento y hace mal sentido: lo que puede hacerse es que entren en la masa comun, pues creo que convendremos todos en aprobar esta proposicion: *tuti empleati boniti barati.*—*Aprobatí, aprobatí.*—Señores; ¿y sus familias? dijo el mas escrupuloso de los escelencias.—Eso se compone con una adiccion: *tuti empleati con su fa-*

(1) Se pagan, esto es, se deben pagar por distintos ministerios.

miliati &c. ¿Se aprueba con esta adición?—*Approbati, approbati: boniti barati, boniti barati.*

Viendo despues que estos santos no eran como los del cielo, ni como los santis baratis del italiano, sino que comian y bebían como los ídolos del gentilismo, hubieron de decretar, como en celebridad de los dias de S. M., se les diese una paguita á los empleados activos; es decir, se decretó alimentar con un piñoncito á unos estómagos que no estuvieron tantos meses en los vientres de sus madres como llevan ya de abstinencia y ayunos. Los demas, es decir, le retirati, é le esclaustrati, é le monjite, é le viudite, é le cesanti, é le jubilati é tuti le altri numerati, *boniti barati* é tutti parola.



CERTAMEN POÉTICO

ENTRE FR. GERUNDIO

Y TIRABEQUE.



¿Sabe vd. lo que digo señor? Parece que no tiene vd. ya conmigo aquellas confianzas que antes.—Esa es una de tus aprensiones tontas.—Si,

tontas. Lo cierto es que hace un año, cuando éramos dos pobres castellanos vecinos de Leon, no hubiera vd. dejado de contar á su Tirabeque mientras le servia el chocolate, qué tal le habia ido en su primera visita al *Letéo*.—¿Estas en tu juicio, Tirabeque? ¿Pues cuándo he visitado yo el terrible *Letéo*? No digas eso por Dios, ¿no ves que me pierdes si llegan á Leon las nuevas de que ya he bebido las aguas del rio del olvido?—Lo que es eso de las aguas ya no lo entiendo, señor; porque nunca he sido tan inteligente en aguas como en vinos. Pero si digo que vd. ha ido ya tres jueves por la noche á ese *Letéo* ó *Lincéo* ó como se llame, y todavia no me ha dicho vd. una palabra de aquello.—Acabáramos, hombre. El *Lincéo* quieres decir.—Si señor, eso.—Vaya, vaya. Sí, el *Lincéo* se llama, Jesus hombre qué Tirabeque este. Vaya, vaya, vaya. Sí: el *Lincéo* se llama, *Lincéo* se llama. Trae acá esa caja, hombre; tomaremos un polvo. El bueno de Tirabeque qué cosas tiene.—Señor, está vd. mas calmoso que un oficinista sin sueldo y lleno de negocios atrasados.—¿Alusioncillas me haces ya, Tirabeque mio?—Señor, no haga caso de ilusioncillas, y dígame algo, si no o lleva á mal, acerca del *Lincéo*.—Vaya, te daré gusto.

El *Lincéo* es una sociedad artística y literaria que se compone, como es consiguiente, de artistas y literatos. La noche de cada jueves se celebra una sesion que se llama de competencia, en

la que los músicos cantan y tocan, los pintores pintan, los dibujantes dibujan, los escultores modelan, y los poetas recitan versos.—Bah! bah! bah! Pues eso no tiene nada de particular.—¿Pues tú que querías, tonuelo?—Lo que tendria que ver seria que cantasen los pintores, y que los músicos hicieran los versos....—Ay Pelegrin! Pelegrin! Paréceme que te has humedecido hoy mas de lo justo, y no con aguas ni con sorbetes.—Pues qué, señor: ¿no hemos visto á esos que llaman literatos de ministros de Marina, y toreros empleados en correos, y libreros que venden pomadas y agua de Colonia, y médicos con fajas de generales, y...—Y que calles, ó te vayas á la cocina. ¡Tanto murmurar tambien!—Dígame vd. señor, y no tenga esas vivezas; será murmurar tambien el preguntarle á vd. qué quiere decir eso de clásicos y románticos, que tengo entendido que hay mucho de eso allá en el *Lincéo*?—Esos son dos partidos literarios, que se disputan el dominio de la literatura.—Y son tan tercos como los políticos?—Allá se van.—No estoy por partidos, señor.—Y yo menos, Tirabeque. Por mí las cosas del mundo no se habian de dividir mas que en buenas y en malas. Por ejemplo, todo lo insipido, frio y poco natural que se escribe con el sello del clasicismo es malo; y todo lo inverosímil monstruoso y desbarajustado que lleva el gusto del romanticismo, tambien malo. Y todo lo natural, lo fluido, lo filosófico y lo interesante; tén-

golo por bueno, llámese clásico ó romántico, ó como llamarse quiera.—Hagamos una apuesta, señor. Componga vd. unos versos clásicos, y á ver si sobre los mismos consonantes hago yo unos románticos á mi modo.—Hombre, he de hacer la prueba solo por tomar el pulso á tu jéuio poético. Pero mira que si disbarras, en la primer capillada te saco á la vergüenza. Vamos á ver.

FR. GER.—«A tiempo que ya *asomaba*
la aurora por el *Oriente*,
un pastorcillo *inocente*
de esta manera *cantaba*
junto al cristal de una *fuelle*.»

—Señor, que me emplumén si he visto en mi vida fuentes con cristales.—Pues hé abi lo que echan en esta á los clásicos sus adversarios. Ya vas tu descubriendo el gusto del romanticismo.—Alla voy con los míos, señor, á Dios ó á dicha.

TIR.—«Sombrieruelos *asomaba*
por la plazuela de *Oriente*,
Tirabeque el *inocente*,
esta cancion le *cantaba*.
«Si te saliera en cada pierna una *fuelle*...»

—Hombre, tan importuno es el concepto como malos los versos.... ¿No ves que á ese último le sobra vara y media?—Señor, si son román-

ticos. Prosiga, prosiga vd. y no se pare en escrúpulos.

FR. GER.—«Pastora, mi amado *bien*,
¿por qué tu dulce *favor*
así has trocado en *rigor*?
¿debe dar muerte el *desden*
á quien dió vida el *amor*?»

TIR.—«De un ministerio de *bien*
no quiero mendigar el *favor*,
ni temo tampoco el *rigor*.
Hasta las viudas de Comares le miran con
desden,
porque nuestros hermanos les han hecho á
ellas el *amor*.

—¡Jesucristo! ¡y cuanto disparate!—Pero señor, ¿y el trabajo de buscar los mismos consonantes?—Por eso no debe el poeta procurarse semejante trabajo. Vaya, Tirabeque; otra estrofa te voy á decir; y como desatines de ese modo te pongo un coche á la puerta, y te enveredo á Santander.

FR. GER.—«Mira que te adoro ciego
Pastora divina.....»

—Señor, yo siempre habia oido decir, la divina pastora.—Déjame seguir, simple.

FR. GER.—«Mira que te adoro *ciego*
Pastora divina: *mira*
que el que por tu amor *suspira*
si su fé no pagas *luego*,
de pena y despecho *espira.*»

TIB.—«Ministro de Hacienda *ciego*,
nuestra gran gazuza *mira*,
España hambrienta *suspira*;
si no trahen cum quibus *luego*
tuerce el pescuezo y *espira.*»

FR. GER.—Y basta por hoy de versos. Ahora trábetela sopa, que á fé que la poesía me ha dado gana de yantar.—Aquí está ya, señor.

En este estado de cosas póngome á comer yo
Fr. Gerundio. ¿Vds. gustan, señores?



El Besamanos.

Centenares de coches de centenares de gustos y estructuras, y algunos de un centenar de años de antigüedad, rodeaban el real Palacio la mañana del 24. Centenares de cocheros y lacayos encaramados en las zagas y pescantes vestidos de libreas de un centenar de colores y ondeando en las crestas de los sombreros centenares de variadas plumas, semejaban á lo lejos una historia natural de pájaros de la India, reposando sobre sus nidos. Las músicas en la plazuela principal de Palacio daban alternativamente, no al aire, sino á *la canícula*, animados y marciales himnos. Un jentio de jentes personales de hombres y mujeres de ambos sexos tenia tomadas las avenidas de la escalera principal, y una numerosa y *decidida* vanguardia se hallaba escalonada desde *alpha* has-

ta *oméga*, esta es, desde el arranque hasta el cáñamen de la misma. Dos alabarderos con sus imponentes gorras de pelo hacían la guardia en el primer descanso, enfrente á los Icones, y estos y aquellos recordaban que no sin razon se enorgullecíó el capitan del siglo al tocar con su mano imperial la melena de marmol de uno de ellos diciendo: «ya eres mía, España.» Que si ahora resucitára el bueno del conquistador aquel, y se le antojara dar un poseíto por esta nuestra tierra, se quedaria pasmado de ver aquella España-leon que le ahuyentó de un rugido metamorfoscada en una España-loba que debora á sus propios hijos; y si queria españ-elizar su nombre, habria de llamarse en vez de Napo-leon, Napo-loba.

La ceremonia del *besamanos* se estaba verijlicando arriba, y el cuadro espectador aguardaba por instantes que empezasen á descender las comparsas de besamaneros: bien podia confiar de ver satisfecho su objeto, porque no hay una esperanza que con mas seguridad se cumpla que la de ver *bajar* á los que han *subido*. En efecto, á pocos momentos de haber llegado Tirabeque y yo, comenzaron á descender centenares de personajes vestidos de oro y plata: Grandes de España, generales antiguos y modernos, ministros cesantes, grandes cruces, gentiles-hombres, consejeros, diplomáticos, ministros de tribunales, empleados en secretarías, prelados, comisario, intendentes, ministros actuales, embajadores, oficiales de todas

armas, grupos en fin de toda clase de notabilidades de todas épocas iban bajando sin orden de clases ni gerarquias, del mismo modo que nos hemos de ver todos el día del juicio universal. Fr. Gerundio les iba pasando revista como si fuese el eterno juez de aquel día terrible.

Tan pronto como reflejó en los ojos de Tirabeque tanto oro y tanta plata, se me quedó estupefacto y como alelado: y así que se fue recordando, «Señor, señor, (me dijo) ¿es todo oro lo que reluce?»—Oro es todo lo que se presenta á la vista, Tirabeque; pero debajo de ese oro, si fuéramos á esplotar *alguna* de esas minas ambulantes, aun habíamos de hallar tal cual cantidad de escoria.—¡Ay, mi amo, y qué altos y qué grandes son todos esos hombres!!—Consiste en que ellos estan en lo alto y tu les ves desde el pie de la escalera. Deja que bajen y pasen por junto á nosotros, y ya no te parecerán tan altos.—¡Ah, señor! tiene vd. razon. Este que va aquí, si le quitáran la casaca y estos salamares, maldito que nadie le distinguía de Tirabeque. ¿Y quién será este otro señor viejo tan cargado de oro que no sé como le sostienen esas patitas tan delgadas y sin pizca de pantorrilla, ni aun por señal? Por fuerza deberá ser un señor de mucho provecho éste.—Pues ese, tal como lo ves, no es mas que un hombre-recuerdo, una historia antigua sin mas mérito que la encuadernacion, un libro vie-

jo y sin fondo forrado en tafete con abrazaderas y broches de oro: si abres ese libro, verás que toda la historia de su hombre se reduce á decir, que *fué* y que *és*. Sin embargo, entre estos los hay que han dado muchos días de gloria, y han hecho señalados beneficios á su patria y á sus semejantes por las carreras de las letras ó de las armas: hay hombres aquí eminentemente beneméritos. Pero no se distinguen unos de otros ni en los trajes, ni en las bandas, ni en las cruces, ni en ningun signo exterior, porque las condecoraciones unos las han ganado por el mérito, y á otros les vienen de la cuna.—¿De la cuna dice vd., señor?—Si, hombre, del nacimiento; en esto consiste la aristocracia hereditaria: hay hombres que cuando nacen ya son grandes.—¿Y qué trabajo que les costará á sus madres parirlos, señor! Creo que era yo como un escarabajo cuando nací, y estubo mi madre á la muerte para haber de echarme á este mundo....—Sandeces tuyas. Quiero decirte que nacen ya Grandes de España.—Como yo habia oido decir que al nacer y al morir todos éramos iguales...., pero ahora ya lo entiendo. Señor, señor, aqui bajan unos frailes; yo no sé si son Benitos ó de la Victoria.—Calla, simple; esos son magistrados ó ministros de los tribunales de justicia.—Señor, ¿qué pérdida me han dicho que está eso de los tribunales de justicia! siempre creo que lo estubo, pero ahora como tampoco aguan...—Calla esa boca, hijo de un judío; ¿me

quieres comprometer? Tú calla y escucha, que es tu oficio. ¿Ves aquel que baja por la derecha de rico uniforme con ramilletes de oro, pantalon blanco con franjas tambien de oro, alto y descolorido? ¿No le ves? ¿Qué dices, hombre? ¿le ves ó no le ves?—Le veo, si señor; pero como me dice vd. que no hable...—Quiero decir que no hables majaderías. Pues mira; ese es un cesante; y has de reparar uno de estos dias en el Diario de Avisos, y regularmente verás anunciada la venta de un uniforme, pues piensa venderle para comer, porque ya no tiene otro recurso; sin que esto sea murmurar del gobierno,... pero aguarda... aquí bajan los ministros. Miráles, hombre, miráles que majos y que contentos vienen!—¡Ah señor! bien se acordarán ellos ahora de los pobres soldados de Ciudad Rodrigo, que han estado dos noches sin luz en el cuartel; y no por culpa del factor, no señor; que demasiado ha hecho el pobre hombre en adelantar diez mil reales de su bolsillo.—¿Sabes en qué creo yo que vendrá pensando? En Perdiz.—¿En comer perdiz, cuando los demas no tienen para un puchero? No lo crea vd. señor, que los ministros son muy *párquios*.—No, hombre, no: en el cabecilla *Perdiz*, que nos trae alborotados los contornos. Mira, todos estos que bajan juntos son generales—¿Y donde están los soldados de estos generales, señor?—Estos no mandan tropa, bobo.—¿Pues qué mandan?—Ahora nada.—Pues entonces para

qué los queremos?—Ya ves, hombre; para dar brillo á la corte en un dia como hoy, que es lo que se llama *ornatus gratia*.—Vaa, vaa, vaa; *ornatos gracion*.....!

Y se me marchó sin poderle contener antes que bajáran las señoras.

